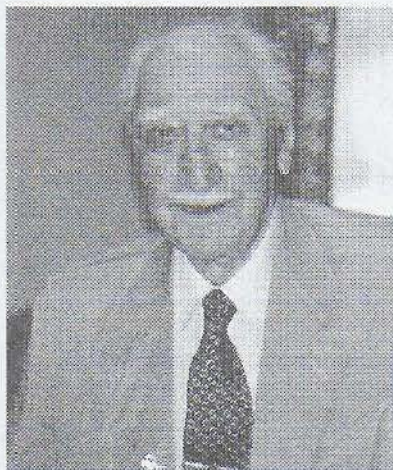


## NECROLÓGICA



Don Manuel Domínguez  
Herrero.

La noticia del fallecimiento de Don Manuel Domínguez Herrero, acomodado farmacéutico en Almansa (Albacete) donde pasó largos años, los últimos de su vida, me cogió de improviso. Con él tenía una relación muy fluida, debido a que me enviaba sus escritos, la mayoría fragmentarios, aún no organizados en artículos, y yo lo llamaba con cierta frecuencia por teléfono para aclarar las dudas que me suscitaban; también le escribía solicitando noticias concretas sobre sucesos acaecidos en Ademuz.

Hacia finales del año 2000 hablé con él; me dijo que se encontraba bien, pero había tenido un bajón. A primeros de febrero sentí la necesidad de preguntar por su estado. Su esposa, al teléfono, me dijo:

-Anteayer lo enterramos.

Manolo Domínguez -así lo nombrábamos todos en Ademuz- era optimista, vital, simpático, gracioso, generoso, jovial, sencillito y con un corazón así de grande. Una de esas personas que -según el dicho- se hacen querer. Desde el primer momento se ofreció a colaborar en la revista. Aún tengo una buena cantidad de escritos suyos, algunos en minúsculas hojas de bloc, por descifrar y clasificar.

Aparte de esas cualidades personales, poseía un don característico, por todos reconocido: su enorme, no ya memoria, sino memorión. Conocía al dedillo la parentela de cualquier persona a la que se nombrara en una conversación, desde los abuelos hasta los nietos, vecinos, amigos, etc. Su esposa me decía:

-Manolo es mi agenda más segura. Cuando no recuerdo algo, igual si se trata de una fecha, un lugar donde hemos estado, dónde conocimos a alguien, cualquier detalle por minúsculo que sea, acudo a él y enseguida tengo la respuesta exacta.

Manolo no fue un varón de dolores; tuvo una vida fácil, sin graves problemas, ni económicos ni familiares. Buen esposo, buen padre, buen amigo, vivió querido y admirado por cuantos lo conocieron.

Todavía recuerdo un encuentro en "Casa Domingo". Nos habíamos citado para comer allí y allí acudimos, él desde Almansa, yo desde Barcelona. Durante el almuerzo empezó a desgranar historias y anécdotas de su vida, de sus andanzas y amistades, de su niñez en Ademuz, de su familia, del comercio de su padre, etc., etc., etc. Iba pasando el tiempo y se iban agregando oyentes a la mesa, cautivados por su manera de contar. Salimos de allí, creo recordar

que a las siete de la tarde, porque –desgraciadamente– había que acabar; él tenía que regresar a Almansa.

Viene a continuación un texto compuesto por retazos de varios escritos suyos. En él se advierten –creo– algunos rasgos de su personalidad a la vez que se nos narran detalles de su infancia y juventud, hasta que salió definitivamente de Ademuz para abrirse camino en la vida.

### De niño consentido a estudiante universitario

Mi madre, Matilde Herrero Herrero, era hija de Antonio y Teresa; él, oriundo de Titaguas, ella de Ademuz. Eran primos hermanos de Faustino y Abel Peinado, hijos, a su vez, de M<sup>a</sup> Rosa Herrero Peinado, casada con Juan José Peinado, conde de la Concepción, del Marquesado de Moya. Los padres de Teresa Herrero y Antonio Herrero, o sea, mis abuelos, fueron Juana Peinado y Agustín Herrero Garrido, “Chirlaque” de apodo.

Este “hizo las Américas” de soltero. Estuvo en Cuba, donde alcanzó un alto cargo militar. Pero se licenció y regresó a la Península, donde se dedicó a la industria de la cera. Tenía fábrica de velas, cirios, blandones y toda suerte de ex votos (manos, pies, rodillas, dedos, etc.) que se depositaban en capillas o santuarios como recuerdo de una curación que se considera obtenida por intercesión sobrenatural. Obtuvo grandes beneficios de esa industria, que no aprovecharon mucho al matrimonio ya que “Chirlaque” era muy aficionado a los juegos de azar (ruleta, naipes, etc.). Jugaba en los casinos de Teruel y en las timbas que se organizaban en Ademuz y los pueblos del Rincón hasta Chelva. Perdió varias fincas, algunas en una sola noche (Trapero, Remolino, Sanguinar, etc.). Siguió jugando para ver de recuperar lo perdido, y casi se quedó sin herencia que dejarnos, a pesar de que Juana Peinado había aportado muchas fincas como dote.



La casa de la que habla desde la calle Boticario.



El segundo piso donde tenían el cuarto de estudio.

Matilde Herrero, mi madre, casó con Domingo Domínguez, comerciante que estableció el comercio o tienda más importante que se ha conocido en el Rincón. “La tienda del tío Domingo” venía a representar allí entonces algo así como actualmente “El Corte Inglés” en cualquier capital española.

Este matrimonio tuvo ocho hijos; yo fui el séptimo. El primer recuerdo nítido que conservo de mi niñez es este: Cuando yo tenía cuatro años, mi madre dio a luz a mi hermana Cinta en la Navidad de 1910. Tuvo, a consecuencia del parto, fiebres puerperales y yo pasaba el día fuera de casa. Teníamos en ella tres criadas, hijas las tres de la tía Manuela “la Chata”, y me llevaban a pasar el día a casa de ésta, en la Venta. Allí jugaba con los niños en las eras de pan trillar y vivía como en el campo, pues ese barrio está en el extremo del pueblo. Yo de niño era

inapetente, no comía casi nada a pesar de la abundancia y de las comidas variadas de mi casa; en cambio me comía muy a gusto el puchero que hacía la tía Manuela.

Por la noche, ella misma me volvía a mi casa. En aquella época los inviernos eran rigurosos, pero afortunadamente las mujeres entonces vestían gruesas sayas y debajo de ellas un refajo de lana. Así que ella me montaba en sus espaldas, me cubría totalmente con la saya y recuerdo que no pasaba frío. Y como de la Venta a mi casa había un buen trecho, ella me cantaba canciones y me contaba cuentos. Yo iba divinamente.

(Otro recuerdo de su infancia del que ha dejado testimonio escrito es su participación en la Fiesta de la Santa Cruz. Vid. ABABOL nº 18, págs. 13-21). Fui a la escuela con los maestros D. Enrique Soria, después con D. Miguel Ruiz,

D. Juan José Dolz y mi tío Miguel Peinado, descendiente del Conde de la Concepción, que no terminó la carrera; fue condiscípulo de D. Alfredo Adán, boticario en Ademuz.

Continué la enseñanza primaria con D. Carlos Valenciano, maestro de El Cuervo. Yo viví en casa de mi hermano Nicolás, recién casado con Isabel Navarro Ruescas y farmacéutico allí. (El partido lo componían: Castielfabib, Cuesta del Rato, Arroyo Cerezo, Alobras, Veguillas, Tormón, Javaloyas y El Pobo, estos últimos metidos en la Serranía de Albarracín. Venían a la farmacia por caminos entre pinares y sabinas). Yo jugaba con los chicos del pueblo, compañeros de escuela; ésta se hallaba junto a los restos de un castillo.

Con D. Carlos aprendí bastante, pero no lo necesario para hacer el ingreso en el Instituto. Como continuaba inapetente, tenía que tomar Aceite de Hígado de Bacalao y Emulsión Scott.

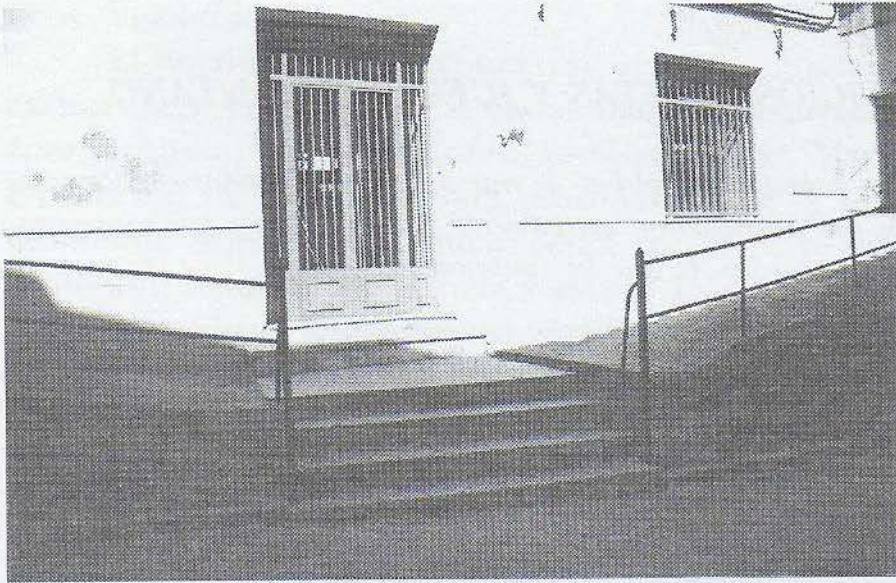
Mi primo Mateo era maestro nacional y en cinco meses me preparó para el ingreso en el Instituto General y Técnico de Cuenca; en 1918 aprobé allí, con premio extraordinario, el ingreso y el primer curso de bachillerato. En Cuenca hice también el segundo curso en la Academia Luis Vives como medio pensionista; cenaba y dormía en casa de mi tío Manuel, hermano mayor de mi padre.

Para el tercer curso trasladamos la matrícula al Instituto de Teruel, por estar más cerca de Ademuz. Por entonces existían ya las diligencias tiradas por caballos. Me residenciaron en el Colegio de los Padres Franciscanos. Todavía recuerdo a algunos de mis profesores: el P. Atanasio, de Francés y de Matemáticas; el P. Ladislao Ventimilla, portorriqueño, buen orador y excelente predicador.

Terminado el bachillerato, fui a Valencia a estudiar Medicina. (Un episodio de estos años lo ha narrado en **Una página negra**: ABABOL nº 22, págs. 27-29).

El mayor de mis hermanos, Nicolás, estudiaba –como era de rigor en la familia– Medicina en la Facultad de Valencia. Hizo hasta el tercer curso allí, pero era muy miope y el Dr. Blanco le aconsejó cambiar de carrera con el fin de no forzar demasiado sus ojos: la que mejor podría desempeñar sería, según él, la de Farmacia. Cambió pues de carrera y también de universidad, y fue a la de Barcelona; allí terminó con gran brillantez estos estudios.

Yo, esa es la verdad, no sentía excesivo entusiasmo por la Medicina y rogué a mi padre cambiar de carrera; me haría veterinario. Accedió y pidieron los libros de texto a la Escuela de Veterinaria de Zaragoza. Cuando llegaron empecé a estudiar en ellos. El cuarto de estudio estaba en el segundo piso de la casa de Ademuz donde, en los bajos, tenía instalada la tienda nuestro padre. Pasábamos algunas tardes juntos allí mi hermano Nicolás y yo. Éste se convirtió en mi asesor en materia de estudios. Logró convencerme de que no me haría feliz la carrera de veterinario.



Estado actual de los escalones de entrada al comercio.

Por entonces lo era de Ademuz Pepe Cabañas, que vivía en una casa próxima a la nuestra, donde se ensanchaba la calle formando casi una plaza. Una tarde le trajeron de Vallanca un caballo con un carbunco en el antepecho. Yo estaba sentado en los escalones de entrada al comercio y mi padre, al ver lo que ocu-

rría, salió del escritorio y me dijo:

-¿No quieres ser veterinario? Pues ayúdale aquí a Pepe.

Me entregaron las riendas del caballo, le coloqué el arcial y el veterinario trajo el termacanterio, le pinchó el carbunco y brotó un fuerte chorro de sangre. Me aparté para no mancharme. Mi padre comentó:

-No puedes ser veterinario.

Una tarde de domingo se encerró conmigo Nicolás y con poderosas razones me convenció de que me convenía estudiar Farmacia.

Era el año 1928. Mis primos Mateo y Manolo me matricularon en la Facultad de Barcelona. Ellos vivían en la calle Ladrilleros nº 37 y a su casa me fui para iniciar los nuevos estudios.

Manuel DOMÍNGUEZ HERRERO